

garra: "Cuando en el día de Juicio, o probablemente antes, un hombre se dé cuenta de que todo lo que estaba haciendo en bien del Señor, lo hacía en provecho de la más insignificante de sus criaturas, su satisfacción, después de un momento de sorpresa, será ciertamente muy genuina".

Los demás libros de Jorge Santayana pueden considerarse, aunque no del todo, como comentarios a *La Vida de la Razón* o como prolongaciones del mismo tema dentro de un mismo radio. Sus primeros trabajos, *El Sentido de lo Bello e Interpretaciones de la Poesía y de la Religión*, tratan de los caminos que sigue el espíritu en el mundo del gusto y de la imaginación. En *Tres Poetas Filosóficos* y en el famoso ensayo del libro *Vientos de Doctrina*, examina las diferentes manifestaciones de vida que aparecen en las obras de Lucrecio, Dante, Goethe y Shelley, con referencia particularmente a sus influencias en la filosofía del mundo civilizado y en la gran poesía. En *Vientos de Doctrina*, donde disecciona a grandes pensadores contemporáneos, como Bergson y Bertrand Russell, dió por primera vez sus ideas, ahora clásicas, de las dos tendencias, la una suave y pálida, bárbara y fuerte la otra, que constituyen la filosofía saxoamericana. En este tiempo ya había partido de los Estados Unidos, arrastrado a Europa por la nostalgia semejante a la que tuvo años antes Henry James. Inglaterra había cautivado a otro peregrino, por lo que a él parecía, y parece, como el inaccesible y viejo país donde hubiera preferido haber nacido, "Lo que amo en Grecia y en Inglaterra es, ese contentamiento en lo finito, esa forma de expresarse pura y sencilla, y principalmente la perfección y simplicidad". Sin ninguna intención por cambiar su nacionalidad, considerándola en no menor escala que a la religión y al amor como una cosa "extremadamente imbuída en nuestra esencia moral para sustituirse con honradez, y demasiado accidental a un criterio amplio y liberal para siquiera ser digna de atención", encontró que en Inglaterra podría vivir lo más cómodamente posible dentro de la amplia corriente que ofrece ahí la vida de la razón. Al principio de la guerra se unió al clamor más grande en que hubo de afiliarse, y flageló a los alemanes con su agudo y malicioso *Egotismo de la Filosofía Alemana*, una filosofía que había visto siempre como bárbara por su trascendentalismo y su jerga de tecnicismos. Después en *El Carácter y la Opinión en los Estados Unidos*, volvió la vista, desde el meridiano inglés, a la vida moral e intelectual de una nación que tenía, como dijo: "un fondo de vigor, de virtud y esperanzas, como ninguno otro país había hasta la fecha tenido", pero que aun por ser demasiado activa y estrepitosa, le faltaba mucho de lo que es bueno y hermoso.

Sabe también ser sentimental, como en ciertos pasajes de sus *Soliloquios en Inglaterra y Soliloquios Posteriores*, en donde

con frecuencia llega a la terneza de Washington Irving al hablar de los encantos de la isla feliz. Como escritor puede decirse que, debido a su mordacidad y acritud, carece de la fuerza y énfasis necesarios. A través de sus discursos actúa y muévase dentro de un mismo nivel, casi a hurtadillas, cadenciosamente, sin tener los momentos dramáticos que la filosofía puede proporcionar, no menos que los de la poesía o los de la historia. Los filósofos y psicólogos juzgan que Santayana es a veces muy ambiguo y a veces demasiado concreto. "Noto", dice con orgullo, "que los hombres, cuando se asoman a mis páginas, las encuentran consistentes, casi asfixiantes". Y con razón, porque, como luego dice, "Estoy resignado a ello porque soy una mente". Y conformándose con esto, se ha desligado como ningún otro filósofo de su tiempo, de todo instinto, pasión, doctrina o credo. ¿Puede un hombre ser completamente civilizado en un mundo que todavía es en mucho animal y bárbaro? Santayana ha procurado realizar ese ideal. Y es cosa curiosa de observar que este esfuerzo le ha hecho girar en un círculo completo. En su libro *Escepticismo y Fe Animal*, en el que une la confianza más absoluta que hay que tener en la fe animal (sentido común), con el escepticismo sistemático más absoluto (el cual debe juzgar al mundo de la esencia como la única cosa indubitable, y considerar, por tanto, el de la existencia como ilu-

sorio, aunque ninguno de los dos inhabitable para aquel que quiera aceptar, estudiar y aplicar las reglas por las que parece gobernarse), Santayana nos dice en el prefacio de lo que llama su filosofía: "Mi sistema no es mío, ni nuevo . . . Tengo un gran respeto por la ortodoxia; pero por ninguna de esas ortodoxias que prevalecen en determinadas escuelas o naciones y que varían de tiempo en tiempo, sino por la sutil ortodoxia de un hombre común, por sus sentimientos y artificios que pueden en cualquier momento dado defenderla y apoyarla. Creo que el sentido común, aplicado en forma tenaz y ruda, es técnicamente más profundo que cualquiera de las escuelas filosóficas, cada una de las cuales apenas examina y vislumbra la mitad de los hechos y dificultades, en su eterna ansiedad por creer que encuentra en el detalle el enigma del todo. Desconfío de toda superior suposición y miro con simpatía honda los viejos prejuicios y las creencias diarias de la humanidad, mal expresadas, pero con fundamentos más sólidos". Así, en esta teoría, Aristóteles y el hombre sencillo se dan la mano. Probablemente se ha exagerado la idea de que Jorge Santayana es en la filosofía un caballero andante, un Quijote cabalgando en un rocín especulativo y tomando molinos de viento por gigantes fabulosos; pero posiblemente resulte que también sea, con su sabiduría sagaz, un Sancho de la Filosofía.

Carl Van Doren

(Tradujo O. G. Barreda.)

Los rotarios en Bogotá

= De La Antorcha, Paris. =

(Véase la entrega anterior).

Singular es el honor que ha recaído en el Director de esta revista, con la dedicación que de su primer número le hacen los rotarios bogotanos. En esa publicación don Luis Eduardo Nieto Caballero, en funciones de Vicepresidente Rotario, contesta el artículo que en el primer número de *La Antorcha* dediqué al Rotarismo Internacional.

Nadie sabe tan bien como nosotros, dice don Luis Eduardo, todo lo que tiene de pueril, la institución rotaria . . . pero asegura que en Bogotá somos diferentes, poseemos un sentido más grave, más trágico de la vida . . . más triste entonces, concluyo yo, que con ese temperamento andemos haciendo nosotros la mascarada rotaria que no se amolda a nuestros rostros . . . pero vayamos a lo de fondo. No hay temor, dice don Luis Eduardo, de que nada de esto nos cause daño . . . no somos niños de pecho los rotarios de América Latina. Los rotarios somos los hombres de mayor prestancia, conductores intelectuales, estadistas, profesionales de muchos timbres, etc., etc. . .

La América española se quedará un poco confusa, creo yo, al saber que sus estadistas, sus conductores intelectuales, sus hom-

bres de prestancia son rotarios . . . Pero no se alarme la América, no se alarme Colombia; los estadistas rotarios deben ser los estadistas del Congreso de la Habana y los estadistas de Panamá y el Catatumbo y quedamos algunos en América para quienes estos caballeros no son estadistas, sino apenas . . . rotarios. Reconocemos que son buenos rotarios . . .

Don Luis Eduardo, que no es niño de pecho, nos asegura que es infantil el peligro de la penetración, no es nada lo de Panamá, nada el Catatumbo, y que, además, la matriz de Chicago no ejerce ninguna influencia sobre los rotarios colombianos. El señor Nieto no niega la existencia de la "cuota mensual", pero dice que está compensada esa cuota con la suscripción a la revista *The Rotarian* que trae sustanciosos artículos. Me permitirá el señor Nieto que yo dude de que el entusiasmo rotario sea equivalente a ciencia infusa: tengo el escepticismo de suponer que muchos contribuyentes rotarios al recibir *The Rotarian*, lo echan al cesto porque no está escrito en su idioma, pero gozan la satisfacción de recibir revistas en extranjero . . . mentalidad rotaria. Suponemos que la sustitución del castellano,